

El mito democrático de las Fuerzas Armadas Venezolanas

Humberto Decarli

INTRODUCCIÓN

*Vuestro tanque, general, es poderoso
derriba un bosque, destruye hombres
pero tiene un defecto
necesita un motorista
vuestro bombardero, general, es poderoso
vuela más rápido que la tempestad
y transporta más carga que un elefante
pero tiene un defecto
necesita un piloto
el hombre, mi general, es muy útil
sabe volar, sabe matar
pero tiene un defecto
sabe pensar
Bertold Brecht*

Uno de los mitos recurrentes del modelo político vigente reside en definir a las fuerzas armadas venezolanas como democráticas. Las administraciones nacidas a partir de la caída de la dictadura perezjimenista se encargaron de publicitar la idea de ser una institución civilista supeditada al poder existente nacido de elecciones. Desde Rómulo Betancourt hasta Hugo Chávez todos han coincidido en sustentar tal criterio y así de una vez por todas adjudicarse una porción de legitimidad. Para todos ellos el ejército nacional es sólo un soporte del régimen civil.

En auxilio de esa apreciación aducen la poca base conspiracional ocurrida en el estadio de la democracia formal y representativa en Venezuela. Si bien es cierto que inmediatamente al derrocamiento del general de Michelena se presentó mucho ruido de sables, con la bonanza petrolera disminuyó ostensiblemente las inquietudes en el seno de ese cuerpo.

Como muestra de las turbulencias originales en la institución armada tenemos el alzamiento del general Castro León en La Planicie, aplastado con la disuasión de un despliegue de masas enorme, el de San Juan de Los Morros en el regimiento de Caballería; y el alzamiento de San Cristóbal encabezado por el mismo general. Todas quedaron frustradas por el apoyo popular contrario y porque los alzados no eran verdaderos voceros de los oficiales a la sazón.

Además, las tentativas de La Guaira, el Barcelonazo, el Carupanazo y el Porteñazo, se consumieron y luego vino un periodo de relativa quietud. Si apenas el alzamiento de Ramo Verde, la desobediencia pública del general Flores y la suspicacia del general García Villasmil durante el primer periodo calderista ocuparon espacio noticioso como excepciones al equilibrio, no por ello se podía hablar de institucionalidad. Como veremos más adelante en el curso de esta exposición, primero con el anticomunismo atizado por Betancourt y luego con la corrupción a partir del primer gobierno de C.A. Pérez, se había logrado atenuar cualquier incomodidad de los uniformados.

Empero, cuando el experimento populista hace aguas al reducirse los petrodólares se delata la verdadera realidad del ejército y ocurren los movimientos extraños durante la última etapa de la gestión de Jaime Lusinchi y las asonadas del año de 1992. Eran factores exógenos los causantes de la quietud militar y no razones institucionales. No ha habido un proceso de acumulación histórica institucional y de allí la imposibilidad de tener una secuencia en esa dirección.

Venezuela no es una excepción dentro de América Latina en este renglón. Toda la zona se caracterizó por estar dominada luego de la independencia por una cúpula heredera del poder peninsular, hispánico o luso. Fueron élites sin identidad alguna porque pretendían emular a los europeos sin serlo, fundaron naciones con valores racistas iniciados con la exclusión de los demás sectores sociales y resolvieron el problema de la gobernabilidad mediante la copia de los sistemas legales del Viejo Continente pero sin aplicarlos, de modo que el caudillo y el

funcionario copaban la escena del poder. En fin, construyeron un espejo quebrado porque la imagen reflejada se descomponía.

Se puede aseverar que la “democracia” adeca y copeyana se sustentó absolutamente en la hipertrofia financiera del Estado y nada más. Especular sobre las bondades del modelo electoral no es más que una abstracción vacua porque de no haber existido esa indigestión de dinero generado por la venta de crudo seríamos un país como Bolivia o Siria en los años sesenta del pasado siglo en cuanto a cambios de gobierno.

El actual primer magistrado expresa con frecuencia loas a los uniformados y sus criterios son eminentemente militaristas. Su visión del mundo es desde la óptica castrense y de allí su preferencia por los oficiales para administrar al país. Igualmente la vocinglería del puntofijismo nos presentaba al sector militar como auxiliar del poder civil y reiteradamente insistía en la ausencia de conspiraciones exitosas, denotativo de una aparente postura institucionalista.

No obstante, esa postura es realmente ideológica. Lo afirmo empleando este último término en sentido estricto, vale decir, con su significado de versión falaz de la realidad impuesta por los detentadores del poder. Pienso que sostener la democratización de nuestros militares es falso o en el mejor de los casos, una ingenuidad.

1. EL EJÉRCITO ACTUAL NO ES EL LIBERTADOR

Hugo Chávez siempre trata de identificar a los actuales administradores de la violencia del Estado con el ejército de Simón Bolívar. Haciendo abstracción de una estimación crítica de la conducta de los oficiales que dirigieron el proceso de independencia en tanto expulsaron a los peninsulares y fundaron una nación con un conjunto de aberraciones intrínsecas, no hay ningún parangón en tal juicio de valor.

En efecto, las formaciones guerreras de la revolución independentista, o secesionista como la denominan algunos historiadores, fueron orientadas a la exportación del proyecto del

Libertador. Así, se dirigieron desde la República de Colombia hacia el sur, ocupando Quito y Guayaquil antes de la histórica entrevista con José de San Martín. Siguieron a Perú donde enfrentaron a la vetusta oligarquía limeña y lograron liberar el Alto Perú creando una nueva nación, Bolivia, con toda una instrumentación jurídico-política como fue la constitución iniciática. Incluso, posteriormente en el Portete de Tarqui, el Mariscal de Ayacucho tuvo que liquidar la invasión peruana en una brillante jornada. Hasta allí el alcance emancipador de aquel ejército porque en general lo acaecido después ha sido una historia de genuflexión.

Ulteriormente, al hacerse trizas las ideas unificadoras al morir Simón Bolívar presenciamos cómo los cuadros superiores militares se apropiaron de todos estos países. El movimiento de la Cusiata dirigido por Miguel Peña con José Antonio Páez como punta del iceberg en Valencia, el golpe de Estado de Francisco de Paula Santander sobre Rafael Urdaneta en Bogotá, la irrupción del general nativo de Puerto Cabello Juan José Flores en Ecuador; y las cúpulas hispanizantes de Lima, demostraron la poca perspectiva histórica de los otrora valientes combatientes por la independencia. Literalmente se repartieron cada segmento de la zona noroccidental de la América del Sur.

De tal manera que existen muy pocos o ningún elemento de vinculación entre los escuadrones venezolanos que combatieron ininterrumpidamente contra otros nacionales y los españoles, entre 1811 y 1830, y la actual fuerza armada. Son dos cuerpos muy distintos porque obedecen a circunstancias, causas y formaciones diversas.

Si al ejército libertador le correspondió la organización armada para imponer un proyecto de Estado naciente capaz de romper en lo político con la península, mas no en otros planos, el actual responde a una entidad forjada con el nacimiento del gomecismo. El caudillo de La Mulera es quien funda al actual Estado venezolano al crear un poder centralizado altamente, unas fuerzas armadas con un sello total de prusianismo y garante de esa concentración y un sistema impositivo dirigido desde el eje

ubicado en Caracas y la región norte-costera de la nación. De allí se deriva la estructura militar venezolana del siglo veintiuno.

2. INICIO DE LAS FUERZAS ARMADAS CONTEMPORÁNEAS

Realmente las milicias contemporáneas nacen con el proceso centralizador regulado por Juan Vicente Gómez. Ya había un antecedente cuando Cipriano Castro - con algo más de la mitad de efectivos que sus contrarios - derrota al banquero Manuel Antonio Matos en La Victoria. Este hecho lo aprecia el general Alberto Müller Rojas en su obra Época de Revolución en Venezuela como el acto fundacional del ejército presente. En este sentido, manifiesta:

“Pero la profesionalización de los miembros de lo que se constituyó como una corporación, centrada en el séquito del caudillo andino y su reemplazo, el general Juan Vicente Gómez, ha sido un proceso, hasta ahora, inconcluso”.¹

El Benemérito, luego de asfixiar los movimientos y caudillos regionales federales, creó un Estado omnipotente y para ello consolidó un sistema impositivo nacional, una administración pública rígida orientada desde el centro del país y por supuesto, un aparato militar bien condensado.

El líder de La Mulera trajo desde Chile a un oficial prusiano llamado Samuel Mc Gill, quien con sus criterios inflexibles hizo una fuerza armada a su imagen y semejanza. La génesis castrense contemporánea está muy bien explicada por el profesor Ángel Ziemis en el conocido texto sobre su formación² y la ubica en esta época histórica al igual que Domingo Alberto Rangel. Realmente es con el compadre de “El Cabito” cuando realmente se da la génesis de las fuerzas armadas contemporáneas.

Esta organización castrense mejoró en su operatividad y con las administraciones de López Contreras y Medina Angarita, herederos de Gómez aunque con aperturas obligadas por las

¹ Müller Rojas, Alberto (2001). Época de Revolución en Venezuela. Caracas, Solar Ediciones. Pág.122.

² Ziemis, Ángel (1979). El Gomecismo y la Formación del Ejército Nacional. Caracas, Editorial Ateneo de Caracas.

circunstancias, se organizó una verdadera logia militar que dio al traste con la gestión del último y en alianza con Acción Democrática dominó durante el trienio de 1945-1948. Seguidamente se desembarazaron del autoproclamado “partido del pueblo” para administrar ellos solos, lo cual consiguieron desde la caída de Rómulo Gallegos hasta el 23 de enero de 1958.

El nacimiento del cuerpo armado es reaccionario pues tiene su parto en los regímenes de Castro o Gómez, de acuerdo al ángulo con que se vea. Es un componente elaborado para respaldar al enjambre de estructuras dominantes. Su función es esencialmente ésa aunque algunos sostengan ser los garantes de la soberanía a través de una doctrina de disuasión e incluso hablan de las guerras asimétricas o de cuarta generación para lo cual evidentemente no están preparadas.

Esta última clase de confrontación emerge de la ausencia de multipolaridad militar y donde sectores militarmente débiles pueden hacerse notar por la vía del terrorismo como respuesta al del Estado. El caso típico es la destrucción del World Trade Center en Nueva York así como parcialmente el Pentágono por parte de un enemigo ubicuo, el fundamentalismo de Al Qaeda

3. PUNTOFIJISMO Y UNIFORMADOS

No estoy de acuerdo con los sueldos que ganan los profesores que atienden la escuela; el día que un maestro gane más que un general, entonces se salvará México.

Francisco “Pancho” Villa

[Petición a Adolfo De La Huerta, presidente de México]

Con el advenimiento del proyecto populista del Pacto de Puntofijo, Rómulo Betancourt hubo de luchar con los agentes castrenses heredados de la dictadura perezjimenista. Era evidente que el órgano de seguridad del Estado, la espantosa Seguridad Nacional, se había disuelto pero el ejército del hombre de Michelena seguía siendo el mismo, al punto que un oficial de su administración (presidió el Círculo Militar y el Instituto Nacional

de Deportes), el Contralmirante Wolfgang Larrazábal, era el personero más importante de la Junta que le sucedió.

Incluso dos altos oficiales del régimen derrocado, el “Turco” Casanova y Romero Villarte, integraron ese mismo organismo pero el movimiento popular logró defenestrarlos para remplazarlos con Eugenio Mendoza y Blas Lamberti, conspicuos representantes del gran capital, quienes presionaron para cobrar las acreencias contra el Estado venezolano imposibles de negociar en los mercados internacionales por la crisis existente. Si bien es cierta la presencia popular a través de la Junta Patriótica dirigida por el legendario Fabricio Ojeda, realmente no hubo una derrota de las fuerzas armadas como si la hubo en 1952 cuando un movimiento obrero formidable derrotó al ejército regular de Bolivia.

Ante unos administradores de la violencia del Estado seguidores del golpismo tradicional y con un accionar vehemente como lo demuestra el atentado de los Próceres, el gobierno blanquiverde debía tomar iniciativas. Los gorilas de la época no veían con buenos ojos a la coalición del denominado Club del Caribe (prístinamente conformado por Pepe Fígueres en Costa Rica, Muñoz Marín en Puerto Rico, Prío Socarrás en Cuba, Víctor Raúl Haya de la Torre en Perú y el napoleón de Guatire en Venezuela), pero la aversión hacia izquierdismo, socialismo, comunismo o algo parecido, era infinitamente mayor. No podemos olvidar la formación gringa de todos estos ejércitos.

Así las cosas, Betancourt comienza a disparar un discurso macartista buscando nuclear a su alrededor al espectro golpista. Con tal fin provocó a la izquierda, representada en el Partido Comunista y los sectores radicales de Acción Democrática y U.R.D. El ametrallamiento de una manifestación de desempleados en la Plaza Concordia al inicio de la década de 1960 fue el primer paso de este plan. Nuestra izquierda fue siempre muy dependiente de los ucases de los centros de poder internacional del bloque socialista y en especial de la Unión Soviética. El Browderismo ⁽³⁾

³ Tesis preconizada por el Secretario General del Partido Comunista Americano del momento, Eugene Browder, traducida en una alianza con sectores de la burguesía nacional y de todo el espectro social para apoyar

apagó a los comunistas en toda Latinoamérica y debido a esta razón se produjo el auge de la socialdemocracia, todo en función de la unión antifascista con los aliados que generó una postergación de cualquier clase de conflictos y proyectos.

Por supuesto, el Departamento de Estado y el Pentágono acudieron en auxilio de la idea romulera. Así, a la Escuela de las Américas, centro de torturas muy especializado, asistieron muchos oficiales cuyas “destrezas” en el área se practicaron en los Teatros de Operaciones con el abyecto saldo de torturados, desaparecidos, detenidos ilegalmente y muertos. Los campos de concentración de la Isla de Burro o Tacarigua en el Lago de Valencia (llamado irónicamente Rafael Caldera), Cachipo, Cogollar y otros que escapan a mi memoria, fueron escenarios de estos aprendizajes.

No costó mucho la confrontación porque pequeños grupos vanguardistas (el Triángulo Negro, el F.U.L, el Directorio Revolucionario Venezolano-Direve) presionaron para irse a la montaña a reeditar la experiencia de la Sierra Maestra. Después el P.C.V., el M.I.R. y ciertos segmentos urredistas encabezados por Fabricio Ojeda, tomaron el camino de la lucha armada rural en un país eminentemente urbano. La derrota era la crónica de una muerte anunciada pero el proyecto populista utilizó la coyuntura para incorporar a su coalición al factor de poder más importante, el de las armas. Con esta actividad el puntofijismo logró colocar a los militares alrededor de su modelo.

Comentario aparte merece las insurrecciones del año 1962 conocidas como el “Carupanazo” y el “Porteñazo”, acaecidas en las ciudades de Carúpano y Puerto Cabello, el 4 de mayo y el 2 de junio de ese año, en este orden. Ciertamente, se trató de un grupo del aparato militar del partido comunista y del M.I.R. insurgente en dos centros de la armada y el ejército. Ambas acciones fracasaron militarmente y se lesionó fuertemente al sector de izquierda dentro de la milicia. No fueron acciones coordinadas con las guerrillas y aisladas fueron derrotadas.

como una unidad a la lucha contra el fascismo y el nazismo amenazantes durante la segunda guerra mundial.

Fueron dos alzamientos producidos en el contexto del gobierno de Rómulo Betancourt a escasos cuatro años de la caída de la dictadura perezjimenista y de la consolidación del modelo populista instaurado a partir del Pacto de Punto Fijo entre los líderes de tres formaciones políticas venidos del exilio y con metas bien diáfanas.

El dirigente guatireño había conformado un gobierno de coalición de su partido Acción Democrática con COPEI y U.R.D. Duplicó el gasto corriente para que el Estado asumiera el pesado fardo de la economía de la nación y la clientela de los partidos gravitaran en torno del sector público en la consecución de cargos, contratos y cuotas de poder.

Sin embargo, en materia castrense existía un problema grave. Con el derrocamiento de Pérez Jiménez no se desbarató el aparato militar del gobierno de facto. Algunos cuadros plenamente identificados con esa administración fueron purgados pero subsistía el ruido de sables dentro del estamento armado. Varios acontecimientos como el desorden de La Planicie y la toma de San Cristóbal por el general Castro León, el Barcelonazo y el atentado de los Próceres, delataban los problemas de los uniformados.

Además, había un factor internacional relevante para los militares. Los regímenes vigentes en América Latina eran esencialmente dominados por los cuarteles. Odría en Perú, Somoza en Nicaragua, Batista en Cuba, Strossner en Paraguay, Duvalier en Haití, Trujillo en República Dominicana, los gendarmes argentinos, guatemaltecos y otros países de Centroamérica y el Caribe, estaban presididos por oficiales y suboficiales del cuerpo armado.

Betancourt había fijado una orientación política nítida en la confrontación de la Guerra Fría. Había apostado a los Estados Unidos sin chistar y su amistad con el emblemático gobernador de Puerto Rico, Muñoz Marín, lo ayudaba en esa dirección. Para consolidar su postura requería el apoyo de las fuerzas armadas y lo obtuvo a través del procedimiento del susto y chantaje comunista.

Para materializar este esfuerzo, provocó a la izquierda para lanzarla a la rebelión, intento fácil por la carencia de ideas del

sector revolucionario, que cayó en la trampa y fue a las montañas para reeditar la hazaña de la Sierra Maestra. Esta acción permitió que los militares, fascistas o de derecha en general, no dudaran en formar filas como un solo hombre detrás del presidente.

Con las guerrillas del P.C.V., M.I.R., sectores de U.R.D. e independientes, Rómulo Betancourt resolvió dos aristas de su dificultoso gobierno. En primer lugar, tuvo el apoyo irrestricto de los uniformados frente al comunismo; por el otro, le demostró su audacia y capacidad al presidente John Kennedy como aliado indubitable de los gringos en el conflicto Este-Oeste.

Empero, todavía quedaban algunos oficiales con posiciones ideológicas diferentes. Fue consecuencia de la penetración de las organizaciones de izquierda en las fuerzas armadas. Tenían ciertos cuadros de prestigio y por la desesperación se fueron al golpe. El teniente coronel Jesús Molina Villegas, el mayor Vegas Castejón y el teniente Fleming Mendoza, eran entre otros, los abanderados de la conmoción en Carúpano. Derrotados por las fuerzas leales al régimen, fueron detenidos junto con los civiles Eloy Torres y Pedro Duno; luego correría igual suerte el entonces parlamentario Simón Saéz Mérida.

En menos de un mes, Puerto Cabello, la plaza donde se perdió la Primera República, fue la sede de otra gran tentativa para defenestrar al régimen imperante. El capitán de navío Manuel Ponte Rodríguez, el capitán de fragata Pedro Medina Silva y el capitán de corbeta Víctor Hugo Morales, constituyeron la plana mayor del alzamiento que contó con apoyo de los estudiantes de secundaria y el pueblo en general. Los bombardeos de la fuerza aérea y el retiro como parte del esfuerzo conspirativo del destacamento de la Guardia Nacional en la ciudad, fueron factores determinantes del sometimiento de los alzados en armas.

La existencia de esas fracciones insertas en el componente armado y las dos insurrecciones no significan de ninguna manera alteración a considerar a nuestro ejército como una entidad al servicio de los intereses transnacionales. Durante el inicio del régimen populista se alinearon incondicionalmente con los

Estados Unidos. Posteriormente siguen en la misma formación como lo expreso en el curso de este trabajo.

Comentario especial merece la idea del líder adeco de Guatire de concebir un sistema político, económico y social con base en cinco factores de poder, la Pentarquía de la cual haremos mención de aquí en adelante. En el político pensó siempre en la alternabilidad de dos organizaciones con fines clientelares, A.D. y COPEI, aunque hubo otras que sirvieron de comodines como U.R.D., F.N.D. y el F.D.P. y posteriormente el M.E.P. y el M.A.S.

En al ámbito religioso el Alto Clero fue el eje de la representación católica con voz y voto dentro de las decisiones del *petit comité* dirigente. Fedecámaras como personero del empresariado y la C.T.V., central sindical, como muro de contención social de los trabajadores. Y para rematar su esquema, incorporó a los uniformados como el cuerpo de las armas partícipe de las direcciones de mayor relevancia.

A las fuerzas armadas las concibió como el apoyo esencial en un país sin tradición democrática y con una trayectoria atrabiliaria por excelencia. Para ello logró neutralizar a los grupos derechistas reinantes en la década de los cincuenta y con el fantasma del comunismo reunirlos en defensa del nuevo esquema de dominación. La derrota de la insurrección guerrillera le permitió incorporarlos al modelo ayudado siempre por el Pentágono y de manera determinante, ejecutado por su discípulo C.A. Pérez, por la ingesta de petrodólares. Esta situación le permitió además de quebrar los conflictos sociales adormecer a los oficiales del ejército.



4. INUTILIDAD DE LA ALIANZA CÍVICO-MILITAR

Es verdad que inicialmente los comunistas intentaron penetrar a las fuerzas armadas y después Ruptura – grupo dirigido por Douglas Bravo entre las décadas de 1970 y 80 - trabajó en esa orientación, manejando la tesis de una combinación de civiles y militares con un aparente éxito. Sin embargo, si uno observa a los oficiales al servicio del régimen chavista puede ver la inexistencia de diferencias respecto a la praxis de los militares del puntofijismo con lo cual hay un rotundo mentís a esta falaz argumentación en beneficio de la posibilidad de una concertación de avance político con los castrenses.

La victoria sobre la izquierda luego de ciertas escaramuzas agotó el peligro del comunismo en los uniformados. Era necesario formular un nuevo esquema para mantenerlos tranquilos. La bonanza petrolera después del embargo árabe en 1973 brindó la oportunidad. La corrupción fue el vector para sedar a esta sección de la sociedad venezolana y la Comisión de Defensa del Senado fue el eje de esta etapa. Ese organismo, facultado constitucionalmente para ascender a los oficiales desde Coronel y Capitán de Navío, fue dominado por adecos y copeyanos, quienes administraron los ascensos con criterios partidistas manejando resortes de poder.

Al colapsar el clientelismo venezolano por la baja del precio del crudo se derrumbó el proyecto de la poliarquía. Esta circunstancia también influyó en la conducta de las fuerzas armadas donde se apreció un ostensible malestar. Pero previamente los militares realizaron un horripilante genocidio el 27 de febrero de 1989. A dieciséis años de hacerse tangible reina aún la impunidad amén de desconocerse el destino de muchas personas asesinadas de la manera más olímpica. La primera gran insurrección contra la globalización fue ahogada en sangre.

Un despacho de la agencia de noticias United Press International (U.P.I.), calificó los desórdenes venezolanos como un “beso mortal del Fondo Monetario Internacional”. Un fallecido jerarca político (G. Barrios), suerte de oráculo del populismo vernáculo, tomó esa referencia para etiquetar de manera olímpica

los sucesos conmocionantes del país durante los últimos días de febrero y los primeros de marzo del año 1989.

Las causas originantes de tan llamativo acontecimiento son muchas. En principio, es menester indicar que la violencia tangible, directa e inmediata, no ha estado presente en gran magnitud durante el siglo veinte en Venezuela, salvos conflictos aislados o efímeros. Así, comenzando ese siglo, hubo algunos enfrentamientos importantes como la batalla de La Victoria que ya mencionamos, donde 9000 soldados del gobierno derrotaron a unos 16000 insurrectos. Luego de la defenestración de “El Cabito”, Juan Vicente Gómez se encargó de extinguir a los caudillos regionales para generar un Estado nacional unificado y vertebrado. Empero, esa unificación significó la creación de un Estado poderoso y la liquidación de las autonomías zonales con mucha raigambre histórica.

La sucesión gomecista dio origen al gobierno encabezado por el general Eleazar López Contreras, quien utilizó la violencia como dispositivo ordenador y barnizó una administración de tránsito hacia otras formas políticas. Isaías Medina Angarita protagonizó una gestión tranquila pero los golpistas que lo derrocaron, emplearon la arbitrariedad una vez dejado en el camino al partido Acción Democrática después de la deposición de Rómulo Gallegos.

Los sectores castrenses dirigentes de Venezuela en el período de 1948 hasta el 23 de enero de 1958, tuvieron como expresión el uso de la represión, la tortura y la asfixia de opinión. Se basaron en la fuerza y el apoyo americano, a la sazón con intereses duros en plena Guerra Fría.

De todas maneras hubo expresiones de fuerza en las calles pero pronto fueron superadas con la llegada de los cuadros tradicionales de los partidos, los cuales no estuvieron presentes en la lucha contra el gobierno de facto. Rómulo Betancourt, Rafael Caldera y Jóvito Villalba, máximos dirigentes de AD, COPEI y URD, venían con un acuerdo desde su exilio neoyorquino para estatuir un modelo político fundado en el populismo y la colaboración de los factores de poder, con la bendición americana

porque colocaron a Venezuela apoyando al Oeste en el conflicto de postguerra.

Grupos vanguardistas se dieron a la tarea de irse a la montaña emulando el ejemplo cubano. Finalmente el Partido Comunista, el M.I.R y sectores de U.R.D., se lanzaron a una lucha armada rural. El inmediatezismo hizo presa a la izquierda, cayendo en la trampa betancourista y fue derrotada. Fueron años de cierta guerra cuasi posicional y escaramuzas, entre el oficialismo y una vanguardia sin masas.

El continuismo adeco siguió con Raúl Leoni, quien usó la misma dosis de opresión y muerte, como el triste caso del profesor Alberto Lovera, los hermanos Pasquier, Donato Carmona y muchos otros desaparecidos. La bellaquería del Ministro del Interior, Gonzalo Barrios, tocó techo cuando en una entrevista realizada por Miguel Otero Silva en El Nacional, señaló como causantes de la muerte de Lovera a sus mismos camaradas.

El primer gobierno de Rafael Caldera estuvo plagado de violencia estudiantil y se produjeron ejemplos de violaciones de Derechos Humanos como el de Carlos Bello, Luis Hernández, José Uribe y muchos jóvenes que ofrendaron sus vidas en las calles ante el aparato represivo del Estado, ahora con nombre nuevo (DISIP en lugar de Digepol, D.I.M. en vez de SIFA).

Con los regímenes de C.A. Pérez en su primera versión y Luis Herrera Campins, se produjo la inmensa bonanza fiscal, vector de tranquilidad social mediante la neutralización de conflictos con recursos exacerbados. Fue una enorme extracción financiera protagonizada por una clase emergente, nacida al calor de la corrupción.

Vino luego la administración de Jaime Lusinchi, quien alcanzó acuerdos de refinanciamiento con la banca en condiciones adversas al país y ejecutó una política económica de expansión de la demanda social con una inflación relativamente alta (40% en 1987 y 35,6% en 1988),

Carlos Andrés Pérez ganó los comicios el 4 de diciembre de 1988 en función de su carisma personal. El pueblo venezolano

aspiraba una salida mesiánica y mágica a la situación y pensó que la bonanza de 1974 volvería por conducto del mismo personaje apropiante del embargo petrolero árabe de 1973. Pero el adeco de Clarines había dejado al país en el suelo: sin reservas operativas, con un pago irrisorio de amortización de la deuda externa y una situación inflacionaria.

Ante el cuadro desastroso, Pérez pudo haber ejecutado la amplia deuda del sector privado con el Estado por Impuesto sobre la Renta, pechar la salida de divisas, fortalecer el salario y el consumo, una reforma tributaria progresiva y proporcional, así como medidas proteccionistas. Pero hizo todo lo contrario al ir donde los acreedores y volver a refinanciar la deuda, y lo más grave, la adopción de medidas de corte neoliberal cumpliendo el recetario de los organismos multilaterales.

El caudillo de Rubio prefirió pactar con los grupos económicos exportadores en lo nacional, quienes tenían un excedente para colocar por la insuficiencia del mercado interno. Al anunciar el gabinete, el antiguo secretario de Rómulo Betancourt presentó a los yuppies del IESA y personalidades empresariales. Moisés Najim (Fomento), Fanny Bello (Agricultura), Gustavo Rossen (Educación), Pedro Tinoco (Banco Central de Venezuela) y Reynaldo Figueredo (Secretaría de la Presidencia), todos vinculados con esos sectores empresariales.

El 2 de febrero se realizó la toma de posesión con un acto en la Sala Ríos Reyna del complejo Teresa Carreño. Fue un fastuoso espectáculo impregnado del boato más ramplón. Lo ornamentaba una presencia importante y plural: Fidel Castro, Desmond Hoyte, Daniel Ortega, Oscar Arias, Virgilio Barco, Willy Brandt, Alan García y hasta jefes de Estado de Oceanía. Fue un introito para esconder la toma de decisiones a anunciar.

El presidente Pérez presentó el plan. Aumento de los servicios (luz, agua, teléfono, gasolina, etc.), unificación cambiaria a una tasa fluctuante de acuerdo al forcejeo oferta-demanda, aumento salarial para los trabajadores del sector público sin contratación colectiva, privatización de empresas del Estado y la eliminación de subsidios en diferentes áreas de la economía. Son

medidas muy parecidas a las tomadas por el presidente Hugo Chávez el 12 de febrero del año 2002 cuando devaluó considerablemente a nuestro signo monetario. Fueron conocidas popularmente con epítetos como “el paquetazo”, “las recetas” o “el electroshock”.

La aplicación de estas directrices iba en la búsqueda de un golpe de timón para orientar la salud económica de la nación, siempre con el norte de mantener la estructura social y la obtención de una mayor rentabilidad del capital. No importaba el costo humano porque no era el objetivo. La presencia de la economía con fines distintos a la elevación de la calidad de vida de los hombres y mujeres, es característico de la nueva dimensión planetaria del poder. Ahora la competitividad, la rentabilidad del capital y la prescindencia del factor humano respecto del trabajo, acicatean, promueven y reproducen la lógica de un movimiento productivo y comercial independiente del sujeto de la historia.

Había precedentes internacionales de aplicación de estos severas restricciones tendientes a rescatar las acreencias de la banca. Fue a partir de la crisis mexicana de 1982 cuando se inició este *modus operandi*. Ante la dificultad de embargo económico de los Estados nacionales deudores del Tercer Mundo, era preferible por su menor costo, la intervención económica de esas patrias a través de desempolvar a los organismos de Bretton Woods, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

Desde el 27 de febrero hasta los días iniciales de marzo de 1989 ocurrió la insurgencia mencionada. C.A. Pérez y sus tecnócratas pusieron en práctica un conjunto de decisiones lesivas que ocasionaron, en menos de un mes de la asunción presidencial, una respuesta contundente de la gente en Venezuela ante una postura agravante. Todo por colocar el pesado fardo de la intervención económica de los organismos multilaterales en las clases económicas más débiles de la pirámide social.

Hubo precedentes inmediatos en el ámbito interno para que se diera un estremecimiento como el ocurrido. El día 2 de febrero de 1989 el presidente electo, C.A. Pérez, efectuó su faraónica toma de posesión. La presencia de Fidel Castro opacó a

todos los demás jefes de Estado presente, incluyendo a altos dignatarios españoles y americanos, por su avasallante personalidad. La derecha macarthista representada en este caso por el grupo Cisneros, luego de furibundos ataques al presidente cubano, procedió a loarlo por la atracción comercial y política que su figura representaba.

El “Diario de Caracas”, el mismo día de los acontecimientos, publicitó la “boda del año”, matrimonio entre dos personas pertenecientes a grupos monopólicos nacionales. Este evento matizó la existencia de dos mundos tan distantes en el país.

El sábado 25 de febrero las estaciones de servicio presentaban un espectáculo kafkiano: había largas filas de automóviles que aspiraban llenar sus tanques de gasolina con el precio vigente hasta ese día y parecía un absurdo acudir a adquirir un bien indefectiblemente con seguridad de elevación. Sin embargo, se trata de esa mentalidad mágica e irracional que ha regido al venezolano en general para buscar explicación a hechos adversos y difíciles.

Una de las primeras medidas impuestas por el condicionamiento del Fondo Monetario Internacional fue la subida del combustible. Esta subida de precios fatalmente ocasionaba un aumento del valor del pasaje del transporte público nacional. Pero no se esperaba una reacción del pueblo, quien de manera extraña y única siempre había soportado muchas humillaciones y vejámenes. Desde la expansión del gasto corriente y la triste rebaja del sueldo de los empleados públicos durante el quinquenio de Rómulo Betancourt, el modelo populista, pasando por el paquete de C.A. Pérez y hasta el sempiterno golpeo de la moral de la república, la pentarquía jamás se imaginó la respuesta de nuestro pueblo. Así se desconocía lo acaecido en los demás países de Latinoamérica donde se había aplicado la receta fondomonetarista.

El lunes 27 de febrero parecía un día más. No obstante, en la localidad de Guarenas, suerte de ciudad dormitorio de la capital, se producen graves incidentes generados por el aumento

desproporcionado del precio del transporte hacia Caracas. La sultana del Ávila apenas si se conmocionaba con los habituales disturbios de la Universidad Central de Venezuela durante el final de la mañana. Pero la tarde fue diferente. Los motorizados y el pueblo en general tomaron las calles creando barricadas que culminaron con saqueos indiscriminados con participación de la clase media y la complicidad de la Policía Metropolitana. La atmósfera era de terror, desorden y caos. Una masa sin organización, sentido ni vanguardia, estremecía al orden establecido. Se repetía lo acaecido en Brasil y República Dominicana.

Las cúpulas habían errado. La C.T.V. no quiso presionar al gobierno; Fedecámaras estaba satisfecha por los acuerdos internacionales y su participación destacada en el gobierno recién conformado; la inteligencia militar no previó la arremetida popular; A.D. estaba postrada y cómplice del ejecutivo; y la oposición estaba ocupada por el reparto clientelar (COPEI, el M.A.S. y Nueva Generación Democrática, transando presidencias de comisiones parlamentarias y otras sinecuras para cumplir las apetencias).

El martes 28 la ciudad capital estaba irreconocible. Parecía una urbe arrasada por una confrontación; había imágenes típicas de Beirut en su peor momento de la guerra civil libanesa y el ejército tomaba la calle. Pero los disturbios, saqueos y destrozos continuaban desbordados.

Más que por el hambre reinante, había estallado la marmita de la ira popular, Tantos escarnios presionaban la tapa de la olla y surgía la ebullición. Era un pueblo haciéndose justicia por sí mismo irracionalmente. Pronto la pequeña burguesía comenzó a preocuparse y a distanciarse de los marginales, mientras el lumpen hacía de las suyas y afectaba al pequeño negocio y a los comerciantes de poca monta.

Es de todos conocido el desenlace de tal movimiento espontáneo acicateado por el aumento de la gasolina y consecuentemente el transporte colectivo. Es el genocidio más grande jamás cometido en la historia nacional. Los entes

internacionales defensores de los Derechos Humanos estiman en más de tres mil los muertos a pesar del cinismo de las cifras oficiales, acaso excediendo los trescientos.

Empero, lo más triste de todos estos acontecimientos reside en la impunidad. En efecto, la Corte Interamericana de Derechos Humanos condenó al Estado venezolano a una indemnización pecuniaria y además, una pléyade de medidas tendentes a sancionar penalmente a los responsables, intervenir a los cuerpos represivos para evitar una nueva matanza y tomar las medidas para no reincidir en una coyuntura similar.

A dieciséis años de estos infaustos hechos, apreciamos la inexistencia de penalización para los autores materiales e intelectuales de los muertos, heridos y desaparecidos durante el Caracazo. Los juicios están paralizados y la investigación no ha avanzado. Asimismo, los organismos de seguridad se mantienen incólumes y nada se ha cumplido para que jamás vuelva a suceder. Los hechos del 11 de abril de 2002 demostraron esta aseveración.

El Estado se regodea de haber tramitado el pago de las sumas indemnizatorias. Es parecido a lo de la masacre de El Amparo, donde la referida Corte ordenó pagar daños, sancionar a los imputados y reformar el dinosaurio jurídico constituido por el Código de Justicia Militar, instrumento violador del derecho de la defensa y el debido proceso. No obstante, sólo se ha materializado el pago de las cantidades condenadas pero los demás aspectos de la dispositiva del fallo no se han hecho tangibles.

COFAVIC (Comité de Familiares de las Víctimas del 28-F), entidad nacida con el “sacudón”, ha insistido en solicitar la ejecución de la decisión internacional pero ha sido infructuoso su esfuerzo porque el Estado se niega olímpicamente a acatar el imperativo sentenciado. No ha sido solamente las administraciones de C.A. Pérez, Ramón J. Velásquez ni la de Rafael Caldera. El actual gobierno ha hecho pocos trámites para alcanzar la penalización de los genocidas, siendo que los entes policiales, de inteligencia y los administradores de la violencia del Estado fueron los sujetos activos de tan aciaga actuación.

Se atisba diáfananamente que no es un gobierno determinado el autor de la omisión sino la estructura de poder existente. Es algo reiterado en toda América Latina, zona en la cual ha sucedido esta clase de desmanes en materia de Derechos Humanos. Si no, basta con recorrer a Colombia bajo el subterfugio de combate a la guerrilla y al narcotráfico, Guatemala cuando la insurgencia guerrillera, las ejecuciones de la Triple A y los militares argentinos, el mayor Roberto D'Abuison y sus escuadrones de la muerte en El Salvador, Pinochet y sus caravanas de la muerte en Chile, la represión en Uruguay orquestada por su ejército, la fujimorista bajo el pretexto del combate a Sendero Luminoso y la más emblemática, la masacre de la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, en México, efectuada por la dictadura perfecta del P.R.I.

En nuestra nación desde siempre se ha llevado a cabo la violación de los derechos fundamentales. Más recientemente, la Escuela de las Américas fue el instituto pedagógico perfecto para la persecución con sus Teatros de Operaciones, seguido por las masacres en Yumare, Cantaura y El Amparo, y las correspondientes a la actual administración como el caso de Puente Llaguno y el deslave de Vargas. Todos con un denominador común: los crímenes están impunes.

La masacre de El Amparo fue otra ocasión en la cual los militares y policías violentaron los derechos humanos. A pesar de haber sentencia de la Corte Interamericana de los Derechos Humanos donde se ordena la indemnización de los daños por los difuntos se ha cumplido a medias y no hay responsabilidad penal de los causantes de esta tragedia. En la misma decisión se ordena la reforma del Código de Justicia Militar por su lesión al derecho a la defensa, lo cual no se ha llevado a cabo. Nuestra historia contemporánea conoce de varias razzias como las de Cantaura y Yumare, sin sanción alguna.

Otro de los alegatos de los promotores de la unión civil-castrense se encuentra en la vieja tesis del Departamento de Estado de liquidar a los ejércitos latinoamericanos para reeditar la experiencia costarricense en el sentido de sólo crear una entidad de orden interno (la guardia civil) para combatir el delito y la insurgencia. Es cierto que a los gringos les convendría tal situación

pero la historia de los armados oficiales de América Latina ha sido la de seguir los intereses hemisféricos americanos y haber sido formados por las academias norteamericanas. Las corrientes nasseristas no han tenido éxito en perspectiva dentro de nuestra región. Velasco Alvarado, Omar Torrijos, Juan José Torres y compañía, fueron experiencias relativamente efímeras.

Mas en todo caso, la conducta de los uniformados en Venezuela ha sido la de cumplir un rol policial, de contrainsurgencia en el pasado reciente y de custodios del orden público. No hay necesidad que los gringos quieran eliminarlos para transformarlos en los peones ticos pues hacen tangible las aspiraciones del Departamento de Estado sobre los militares.

Pero a fin de cuentas vale preguntarse para qué ha servido la vinculación entre militares y civiles en la Venezuela contemporánea. La primera fue el 23 de enero de 1958 y terminó con la fundación del modelo político pentárquico, escamoteador de los derechos democráticos, la democracia representativa o formal. Las insurrecciones del año de 1992 no fueron uniones entre ambos sectores porque la dirección quedó en manos exclusivas de los oficiales. Ya los planes de Kléber Ramírez (dirigente incorporado al chavismo desde Ruptura como asesor de los oficiales insurrectos) habían quedado omitidos además de que la ejecución de las dos asonadas fue estrictamente militar.

La otra muestra de nexos entre militares y civiles ha sido la del gobierno chavista donde los altos cuadros del ejecutivo están en manos castrense. La resultante entre ambas experiencias históricas, puntofijismo y chavismo, ha sido nefasta por decir lo menos. De verdad que argumentar esta tesis ha servido para salvar la estructura de dominación venezolana cuando se agotaron formas previas. La experiencia de Pérez Jiménez en primer término y luego la clientelar, fracasaron y era necesario reemplazarlas. Como anillo al dedo emergió la unión salvadora de mantenimiento del desastre nacional.

Como las organizaciones políticas atraviesan un profundo desprestigio, Chávez poco se fundamentó en ellas. Las empleaba para las elecciones y las movilizaciones de calle con el Movimiento

Quinta República y la federación de grupos constituyentes del Polo Patriótico. Atacó a la C.T.V. pero le permitió subsistir por no haber aplicado uno de los pocos decretos con sentido de la constituyente, como fue el de investigación de los bienes de los sindicaleros, nunca llevado a cabo. Fedecámaras lo adversa pero no representa a los empresarios más importantes como consecuencia de la globalización. La jerarquía católica ha sido vapuleada por el presidente cuando le conviene. Llegó a denominar al obispo Baltazar Porras “adeco con sotana”, pero al necesitarlo el 11 de abril de 2002, le pidió perdón y lo llamó para negociar en Forte Tiuna. De todas maneras, este sector ha perdido fuerza como elemento de poder.

La Fuerza Armada, en singular como la denomina la constitución, era el pilar de su esquema político. Obedecía al cartabón planteado por el sociólogo peronista Norberto Ceresole, quien preconizaba al líder, a los uniformados y al pueblo, entendido este último como una masa amorfa. Esa organización armada responde a los intereses de los Estados Unidos. No es accidental oír a oficiales de la Plaza Altamira hablar de “castrocomunismo” y demás letanías propias del léxico de la confrontación Este-Oeste. Si bien es cierto no es una casta, se encuentra ubicada por encima del resto de la sociedad. Ahora con el advenimiento del Teniente Coronel adquirieron mayor relevancia y de allí su colocación como altos cuadros de la administración pública.



5. EL 11 DE ABRIL DE 2002.

Se ha debatido si la gran conmoción acontecida el 11 de abril del año 2002 fue un golpe de Estado, vacío de poder o conspiración múltiple. No vamos a hacer de estos hechos un problema de semántica. Cualquier enfoque nos lleva a una conclusión: Chávez fue defenestrado y no hizo resistencia al rendirse incondicionalmente una vez amenazado de bombardeo. Llegó a Forte Tiuna y seguramente los oficiales allí acantonados se sorprendieron por su pasividad.

En principio, una descomunal manifestación de gente concentrada originalmente en la sede de la empresa petrolera en Chuao se dirigió al Palacio de Miraflores a gritar su repudio al gobierno chavista creador de tantas esperanzas y con resultados similares o peores que los precedentes. No obstante lo improvisado del cambio de trayectoria ha podido resolverse mediante una represión selectiva por parte del gobierno con pocos daños humanos o en todo caso, dejarla pasar hasta cierto límite.

Sin embargo, la respuesta fue un genocidio. Los militares y policías arremetieron implacablemente contra los manifestantes. Igual actitud asumieron grupos chavistas organizados cuya máxima representación se aprecia en las imágenes televisivas. Pistoleros civiles dispararon a mansalva contra personas desarmadas sin ninguna justificación.

Por tales arbitrariedades no hay detenidos. Es del conocimiento público la decisión de una Corte de Apelaciones del Estado Aragua de juzgar en libertad a quienes participaron en la acción pusilánime de masacrar civiles indefensos. La impunidad campea en el país como consecuencia de no haber un Poder Judicial autónomo e independiente.

Posteriormente se produjo un alzamiento de sectores de los administradores de la violencia del Estado. Empero, el gobierno provisional instaurado estaba fuera de la realidad porque se colocó al margen de los intereses hemisféricos americanos. Haciendo abstracción de las barbaridades jurídicas del Decreto fundacional y de algunas conductas represivas, el régimen naciente se configuró como un golpe de Estado tradicional y allí estuvo su

Némesis. No entendieron que la única manera de aplicar la globalización, con su fábrica de pobreza, hambre y desempleo, es a través de estas parodias de democracia existente en América Latina uno de cuyos ejemplos lo encabeza Hugo Chávez.

Lo demás es historia conocida. A la fuerza armada, entendiendo la coyuntura internacional, no le quedó otra opción que la de restaurar al militar defenestrado. Cumplió perfectamente su rol de factor de poder preponderante en el ámbito interno en consonancia con el momento histórico vivido y en especial como cuenca política, financiera y económica de los Estados Unidos.

Realmente hubo un repliegue dentro del sector castrense y por esa razón se devolvió a Chávez a la presidencia. No es verdad que la presión popular o la fuerza del chavismo dentro del cuerpo militar fuera la razón fundamental para la resurrección del caudillo de Sabaneta. Si acaso hizo acto de presencia en Miraflores una multitud no mayor a veinte mil personas y los ubicados en Fuerte Tiuna fueron menos. La causa esencial residió en la presión externa para aislar al gobierno provisional y reducirlo a su mínima expresión.

El 11 de abril se expresó en acontecimientos que conmocionaron a Venezuela y sorprendieron al mundo. Se ha conocido de asonadas exitosas al comienzo y luego fracasadas por la reacción de un cuerpo armado o una intervención del exterior pero jamás algo parecido a lo sucedido los días continuos de esa fecha en nuestra nación.

En efecto, recuerdo perfectamente como el jefe del Estado de Sudán, Al Numeiri, fue depuesto por oficiales de izquierda en el año de 1983 y días después, en un contragolpe de sus leales volvió al poder en un movimiento bien cruento. Similar situación se produjo en la tambaleante Unión Soviética de los días de la Perestroika y el chantaje del equilibrio de Gorbachov. Uno de los actores, los conservadores duros del estalinismo, detuvo al líder del Glasnost generando una reacción de los reformistas encabezados por el autócrata Boris Yeltsin y una coalición de masas con las fuerzas armadas decidió por la vía de la disuasión, la creación de un nuevo régimen.

Los anteriores son dos casos típicos de gobiernos efímeros donde hubo contraataques para reponer al anterior o entrar en acción una tercera opción no prevista. Hay varios ejemplos cumplidos en países africanos como Gambia o Cabo Verde donde el alzamiento terminó al menos en negociación.

Sin embargo, el caso venezolano fue diferente en varios aspectos. Primero, no había unidad de criterio entre los golpistas y de allí las discrepancias entre los distintos grupos conspiradores, sin tener una dirección precisa al actuar. Segundo, no hubo combate por parte del chavismo demostrado por la rendición inmediata del presidente sin efectuar resistencia alguna. Tercero, el cretinismo demostrado por la oposición en esa asonada fue asombroso. Actuaron anclados en la guerra fría siguiendo el ejemplo de los medios de difusión de masas creando un comunismo resurrecto. Volver a ver comunistas hasta en la sopa y listos a comerse los niños, fue la premisa con la cual pensaron. Cuarto, no comprendieron el momento histórico cuando lanzaron un decreto inoportuno cargado de un autoritarismo ilimitado expresado en la disolución de los poderes y derogando la constitución bolivariana. Quinto, no entendieron los intereses hemisféricos americanos al presentarse con la fachada de un putch tradicional.

Los grupos que encabezaron el movimiento tenían posturas diversas. Se encaramaron sobre la ola convulsiva el presidente de Fedecámaras y un grupo vinculado a los sectores más conservadores de COPEI y ciertos grupos empresariales. Fueron desplazados o ignorados la C.T.V., los partidos políticos en general e incluso segmentos importantes de los administradores de la violencia del Estado. Se dieron múltiples conspiraciones pero un grupo de ellas pretendió apoderarse de todo.

El macarthismo presente en quienes se apropiaron del golpe fue evidenciado al anunciarse el cierre de las exportaciones petroleras a Cuba y el asalto realizado a la embajada de ese país, hecho en los términos más salvajes.

El fundamento jurídico del nuevo gobierno residió en un Decreto con carácter de carta magna y poder constituyente. Por un

lado se derogó de un solo plumazo a la constitución del 99 y se acordó la disolución de todos los poderes públicos. Más que ignorancia, los redactores de tan infausto documento evidenciaron una mentalidad dictatorial inconmensurable.

Pero lo más grave cometido por Carmona y su pandilla, fue actuar al margen de la realidad internacional. No comprendieron que en estos tiempos no es posible un golpe militar a la usanza tradicional como el de Pérez Jiménez en Venezuela, Fulgencio Batista en Cuba, Tacho Somoza en Nicaragua, Manuel Odría en Perú, Trujillo en República Dominicana, Stroessner en Paraguay, Pinochet en Chile y Videla, Viola, Gualtieri y demás asesinos argentinos.

La severidad de la globalización lleva a emplear gobiernos nacidos de elecciones y con las instituciones de utilería existentes en todo lo largo y ancho al sur del Río Grande. Los gobernantes deben ser carismáticos, caudillescos y populares para poder llevar a cabo medidas de gran sacrificio para las grandes mayorías. Los casos de Lula en Brasil, Lucio Gutiérrez en Ecuador y Chávez en Venezuela son muestras de esta clase de dirigentes, como lo fueron en el pasado inmediato Carlos Ménem en Argentina y aquí el reo de La Ahumada.

El antichavismo desconoció esta realidad y pensó en implantar una dictadura tradicional, lo cual contradice la política americana para la región que se vio consolidada cuando el mismo día de los atentados de Al Qaeda contra las torres gemelas neoyorquinas, aprobaron la denominada Carta Democrática de la O.E.A. para apuntalar el andamiaje organizacional del llamado sistema interamericano.

Frente al anterior cúmulo de errores la resultante no podía ser otra que una reformulación de la coyuntura por parte del factor de poder determinante en nuestra nación, los uniformados. En efecto, se reunieron y viendo el dantesco espectáculo ofrecido por los Pérez Recao y su empleado Carmona, actuaron en consecuencia. Repusieron a Hugo Chávez en la presidencia para enmendar entuertos.

El chavismo, y en especial esa izquierda rancia que lo acompaña, ha configurado algunos mitos alrededor de esta fecha. Insisten en sostener que la reacción popular de los días 12 y 13 de abril fue la causa determinante de la vuelta al cargo por parte del caudillo de Sabaneta. Radican en esas movilizaciones el éxito de la reposición presidencial amén de una alianza cívico militar comparada a la del 23 de enero de 1958 capaz de haber logrado la recuperación del poder. Incluso llegan al colmo de extrapolar y comparar la experiencia de Allende con la del 11 nuestro.

Empero, considero necesario analizar varios elementos capaces de otorgar el mentís más rotundo al imaginario de la cúpula izquierdosa del chavismo. En principio es indispensable hacer notar que la movilización popular los días subsiguientes pidiendo la vuelta de Chávez no fue exacerbada ni razón apta para haber desviado el curso de los sucesos.

De todas maneras hay algo más, la rememoración de septiembre de 1973 para maquillar la conducta de Chávez en el año 2002. Querer asimilar la experiencia chilena con la venezolana es sólo posible mediante una reducción al absurdo porque se trata de dos casos espacio-temporales opuestos.

El gobierno de la Unidad Popular fue derrocado por un conjunto de factores, unos externos y otros internos, dentro de la confrontación Este-Oeste. Estados Unidos quería hacer valer el derecho del destino manifiesto en su patio trasero, vale decir, en este hemisferio. Para ello, aceleró una grave crisis económica mal abordada por la administración Allende mediante una conspiración estimulada por los gremios empresariales, la clase media y ciertos grupos fascistas como el de "Patria y Libertad". Además, incentivó a un ejército prusiano a poner orden en un país conservador donde un accidente histórico llevaba a un experimento reformista en el contexto de una legalidad cuestionable. Ya existía el precedente de Marmaduke Grove y su poder efímero (década de 1930) como lunar dentro de la historia de una nación rígida aunque el movimiento obrero se encontraba bien organizado.

Es relevante entender también a la conducta de los gobernantes australes. Pensaron basados en una ilusión: la

institucionalidad de las fuerzas armadas y la pasividad de las clases dominantes chilenas. Lo ocurrido en la patria de Neruda no era otra cosa que una gestión socialdemócrata con algunas nacionalizaciones y mejoras al pueblo pero con una gran resistencia de las estructuras existentes. Esa situación se vio empujada por la presión del movimiento de base, catapultador de tomas de fábricas, invasiones a inmuebles ociosos y en general, una activación acelerada de las organizaciones del pueblo.

Cuando la marmita de la participación alcanzó su climax y la Alameda Bernardo O'Higgins se vio repleta con un millón de personas durante los últimos días de la administración de la Unidad Popular, la derecha se asustó y se puso en guardia, acelerando los planes de agavillamiento. El presidente Allende ante la solicitud de armas por parte de los manifestantes respondió con la búsqueda de una coalición con la Democracia Cristiana y ante el fracaso, acudió al ejército. Lo demás es historia conocida y la bravata de César Altamirano de quemar todo desde Arica hasta Puerto Williams se quedó quizá en apagar colillas y aún se espera la presunta respuesta armada del M.I.R.

Además de ser una aberración identificar los dos procesos, el chileno concluido el 11 de septiembre de 1973 y el venezolano aparentemente enterrado el 11 de abril de 2002, por acontecer en tiempos absolutamente diferentes, es menester destacar una circunstancia. Se trata de los líderes de ambos sucesos, Salvador Allende y Hugo Chávez.

El médico muerto en el Palacio de La Moneda tuvo una trayectoria política interesante. Fue el dirigente símbolo de la unidad de un partido tan abigarrado como el socialista. Todas sus corrientes se vieron galvanizadas bajo su liderazgo y después de varios fracasos candidaturales, pudo triunfar alrededor de una coalición también heterodoxa. En efecto, la Unidad Popular estuvo integrada por el partido comunista, el socialista, el radical y tres escisiones democristianas (la Izquierda Cristiana y los dos MAPU).

Igualmente, Allende probó una valentía incomparable cuando prácticamente en una desventaja total resistió dentro del

palacio presidencial los ataques de los aviones Fokker hasta su fallecimiento. No aceptó ningún salvoconducto ni exilio de tipo alguno al no querer negociar por dignidad.

Hugo Chávez era un oficial del ejército cuya vocación castrense se reducía a utilizar el cuerpo armado para ser jugador de béisbol como lo ha confesado. Fue un miembro de los cuarteles promedio pero con la obsesión de ser una gran dirigente y en tal sentido se ha perfilado siempre su proyecto. Fue publicitado gracias a una aparición mínima en televisión y a partir de allí se sembró su imagen dentro de la gente.

Fracasó militarmente el 4 de febrero pero esa derrota de las armas la convirtió en una victoria política llevada al terreno electoral. Su postura en los momentos decisivos no ha sido audaz ni resuelta. Las dos veces, el 4 de febrero y el 11 de abril, se rindió negociando y fue prisionero de sus contrarios. Lo acompañó la ineptitud de la oposición y su administración neoliberal garante de los intereses de la mundialización de la economía. Asimismo, condicionó su renuncia al exilio personal, de sus amigos y la familia a Cuba, en un juego de transacción bien diáfano.

De manera que es ilusorio un parangón entre ambos jefes de Estado. Sus historias personales, las condiciones temporales de las dos épocas, sus posiciones doctrinales, sus conductas ante los acontecimientos graves y sus formaciones, delatan un abismo entre ambos. No se pueden relacionar en absoluto.

Puedo concluir algunas reflexiones luego de las premisas dibujadas anteriormente. El 13 de abril se reinstaló en el gobierno a una figura indispensable para llevar a cabo el complejo proceso de las medidas económico-financieras diseñadas por los organismos multilaterales. Un hombre con carisma es el medio para introyectar ilusiones adaptándose a lo real maravilloso venezolano. Ni Carmona ni la oposición mediática poseen las herramientas para ejercer el populismo de la manera como lo hace Chávez a través de su alta audiencia en sectores populares. Poner en práctica políticas económicas generadoras de desempleo y exclusión social es harto complejo. Sólo es factible por intermedio

de un liderazgo de alto magnetismo capaz de confundir temporalmente a la gente.

La verdadera razón de su vuelta la encontramos en el fracaso de la oposición al no tener representatividad y los intereses hemisféricos americanos, que pasa por no permitir golpes militares al menos en el estilo tradicional. Al contrariar esos designios, Carmona firmó su acta de defunción y los armados, cumpliendo el rol asignado dentro de la estructura de poder, actuaron cumpliendo la mejor opción para mantener un modelo económico-social del cual son parte fundamental.

El enjambre sistémico instalado se reagrupó y estamos presenciando la conformación del gobierno más autoritario de los últimos años en Venezuela. Esa categoría es una condición válida para mantener el estado de cosas por la cual se ordena el proyecto clientelar que nos rige y por supuesto, las iniciativas económicas reinantes en el hemisferio. No es que los opositores detentantes del poder los días 11 y 12 de abril de 2002 fueran una opción diferente porque al final son los mismos con fachadas distintas. Simplemente se trata de la aplicación de las políticas restrictivas de un modelo capitalista globalizado donde se privilegia la productividad y la rentabilidad del capital exclusivamente. Y se debe hacer con la imagen mejor contada cual es la del caudillo barinés. Por eso asevero que con el 13 de abril volvió por sus fueros la globalización y su vector más eficaz de los últimos años, el presidente Hugo Chávez Frías.

Este efímero momento prueba de manera contundente el carácter sistémico de la fuerza armada venezolana, a la orden de los valores de la globalización: el poder. Ninguna estimativa es más clara para el mundo después del derrumbe del bloque soviético, la crisis financiera del Tercer Mundo y el reacomodo surgido inmediato a los atentados contra las Torres Gemelas como lo es la esencia del mando. Pensar en calificar de democrática la actuación del estamento castrense el 11 de abril, es pecar de ingenuidad o estar asentado en la etapa de la confrontación Este-Oeste. Simplemente tuvo una conducta pragmática ante el contexto internacional.

6. NUESTROS MILITARES NO SON INSTITUCIONALES.

El ruido de sables emergió cuando un grupo mecanizado hizo un raro movimiento cerca del Ministerio de Relaciones Interiores, siendo presidente interino Simón Alberto Consalvi por un viaje de Jaime Lusinchí, allá en 1987. Se conoció que el Teniente Coronel Ortiz Acosta dirigió esta extraña actuación denunciada por Eduardo Fernández como un golpe de Estado técnicamente hablando.

Luego ocurrieron las dos rebeliones del año 1992, caracterizadas por ser muy ortodoxas con escasa participación civil. El colmo del 4 de febrero fue no haber tomado ningún medio de difusión de masas. Sus resultados fueron dos derrotas en el ámbito de las armas devenidas en victorias políticas y electorales.

En esa época ya circulaba una investigación del Coronel José Machillanda, Poder Militar y Poder Político en Venezuela. 1958-1986, obra donde ubicó a la sociedad venezolana como cuasipretoriana porque a pesar de no existir un régimen militar el estamento castrense tenía un diáfano privilegio por encima de los demás. Machillanda lo expresa así:

“Por acuerdo de la élite de la ‘Sociedad Pretoriana’, la Institución Militar se convierte en un ‘Moderador de la Gestión Política’, pero esa misma función le niega el derecho a erigirse en ‘Rector’ de un cambio del sistema política. La tarea moderadora en esencia es salvaguardar, custodiar la integridad del sistema y cooperar con el mismo y esas funciones son de por sí conservadoras”.⁴

Con la asunción del gobierno por parte de Chávez no se avizora ningún cambio sustancial dentro de los administradores de la violencia del Estado. Antes por el contrario, su primer Ministro de la Defensa fue un oficial de absoluta confianza de Washington, el general Raúl Salazar. Los cuadros superiores de los armados siempre han sido ocupados por personas con una aproximación a

⁴ Machillanda Pinto, José (1988). Poder Político y Poder Militar en Venezuela 1958-1986. Caracas, Ediciones Centauro 88. p. 14.

los intereses hemisféricos de los Estados Unidos. La actividad de nuestros militares está alineada sin condiciones al lado del Tío Sam.

La anterior trayectoria ha estado cubierta por una normativa ad-hoc. Primero fue la viciada praxis de enjuiciar a civiles por delitos militares. Además, el Código de Justicia Militar es un texto legal realizado para hacer expedito el enjuiciamiento de los reos. Se potencia exacerbadamente al juez al poder dictar detención preventiva con un solo indicio y hay un estadio procesal en el cual el Presidente de la República puede ordenar el sobreseimiento o la continuación del proceso por encima de un “autónomo poder judicial”. Es un dinosaurio jurídico mantenido a toda costa a pesar de haber caído el Muro de Berlín.

Durante el actual mandato han ocurrido algunos incidentes como el del Teniente Sicatt, quien quemó a dos subalternos así como varias muestras de maltratos y homicidios de conscriptos por parte de oficiales. Además, estimo que ha sucedido un nuevo 27 de febrero de 1989 pero en la misma fecha de 2004. La reacción en las calles por parte de quienes desearon un referéndum revocatorio presidencial fue liquidada con balas, perdigones, lacrimógenas y toda clase de proyectiles, recordando épocas que se creían formaban parte del pasado.

Puedo concluir sin ninguna sorpresa, que la agresividad de la Guardia Nacional el viernes 27 de febrero de 2004 no fue accidental. Se corresponde con un modo de ser autoritario de las fuerzas armadas nacionales. Constituye el mismo cuerpo pretoriano de C.A. Pérez ahora con mayor participación en la conducción del Estado. Los cambios cumplidos se reducen al reemplazo de unos hombres por otros. Hemos ascendido en la escala que mide el nivel ocupado por los hombres armados en el seno de la sociedad. Ya no es cuasi sino muy militarizado el Estado en todas sus dimensiones.

Es importante hacer notar también el acaecimiento en los dos últimos años, de incidentes donde soldados pierden la vida y resultan lesionados. El primero de ellos, en el año 2004, aconteció en el Fuerte Mara, Estado Zulia, en el cual el conscripto Ciro Pedreáñez falleció y otro soldado resultó seriamente afectado por

un incendio producido desde fuera del recinto donde purgaban castigo. El segundo, más reciente, fue en Cumaná con el balance de dos jóvenes, cumpliendo el servicio militar obligatorio, heridos con quemaduras graves y fallecidos unos días después. En un primer momento, el Inspector de la Fuerza Armada, Vice-almirante Maniglia, anunció públicamente que la situación presentada se generó por un incendio provocado por los soldados desde un espacio de castigo. Después la versión oficial se concentró en imputar a un militar raso que los custodiaba por homicidio frustrado al haber generado el fuego, quien ha intentado desmentir esta apreciación señalando haber sido coaccionado a firmar una confesión.

Haciendo abstracción del motivo del accidente todo sucede por privar una mentalidad rígida y punitiva. Las sanciones vehementes están a la orden del día y se aplican penas corporales disciplinarias en el contexto del mayor desprecio hacia la condición humana y humillaciones mediante. Allí, en estos casos recurrentes y públicos, se aprecia el talante autoritario vigente de los administradores de la violencia del Estado.



6. MITOS FABRICADOS

El mito de unas fuerzas armadas democráticas e institucionales está desmoronándose porque no ha existido nunca en el país. Se trata de una formación pétrea al servicio de la gestión de turno y por sobre toda las cosas, del modelo político, socio-económico y cultural reinante en estos tiempos de globalización. Es un ejército con un puesto específico dentro del proyecto de colaboración de poderes inicialmente construido por Betancourt y ahora ocupando un espacio como factor de poder fundamental en un país donde no existe democracia sino una caricatura de gobierno popular.

La manida tesis de la alianza cívico militar ha tenido un empleo perverso como es el de haber consolidado un proyecto cupular basado en la colaboración de algunos factores de poder internos articulados con los mundiales para mantener la demencia significada por la mundialización de la economía con su gran proeza, la exclusión social con sus componentes de hambre, miseria y desempleo. Primero, con la instauración del populismo a partir del 23 de enero de 1958 y después, con la continuación de ese modelo con otras realidades luego de la elección de 1998. Sus resultas son contrarias a cualquier iniciativa democrática y popular.

Por las consideraciones precedentes es imposible contar con el componente armado, con su actual estructura, para construir un modelo societario diferente. Representa un medio fundamental para el sostenimiento de un régimen caracterizado por el autoritarismo y no simboliza absolutamente un ente institucional por la misma razón de reinar un ensamblaje de poder fundado en la esencia gomecista y pretoriana. No es el pueblo en armas sino el pueblo bajo las armas.

Caracas, marzo 2005

HUMBERTO DECARLI

<hachede@cantv.net>

EL MITO DEMOCRÁTICO DE LAS FUERZAS ARMADAS VENEZOLANAS

ÍNDICE

	p.
INTRODUCCIÓN	2
1. EL EJÉRCITO ACTUAL NO ES EL LIBERTADOR	4
2. INICIO DE LAS FUERZAS ARMADAS CONTEMPORÁNEAS	6
3. PUNTOFIJISMO Y UNIFORMADOS	7
4. INUTILIDAD DE LA ALIANZA CÍVICO-MILITAR	13
5. EL 11 DE ABRIL DE 2002	24
6. NUESTROS MILITARES NO SON INSTITUCIONALES ...	32
6. MITOS FABRICADOS	35

